



Vida  
Contemplativa:  
**¿POR**  
quién  
eres?

Materiales para la  
**JORNADA *PRO ORANTIBUS***  
31 de mayo de 2026  
Solemnidad de la Santísima Trinidad



© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

[edicion.edice@edicionescee.es](mailto:edicion.edice@edicionescee.es)

# ÍNDICE

Presentación .....	3
Testimonios .....	7
León XIV .....	21
Oración .....	23



# PRESENTACIÓN

La Iglesia que peregrina en España celebra cada año la Jornada *Pro Orantibus* como una ocasión privilegiada para hacer visible, agradecer y sostener la vida contemplativa presente en nuestras diócesis. En comunión con la Iglesia universal, esta jornada nos invita a volver la mirada hacia quienes, llamados por el Señor, han consagrado su vida a la oración, la alabanza y la intercesión constante por el pueblo de Dios y por toda la humanidad.

En 2026, el lema «Vida contemplativa, ¿por quién eres?» nos sitúa ante una pregunta fundamental, capaz de iluminar, a través de la vocación contemplativa, la vida cristiana en su conjunto. La frase está en sintonía y continuidad con el Congreso de Vocaciones de la Iglesia que peregrina en España que tuvo lugar en febrero de 2025 y con el lema de la pasada Jornada Mundial de la Vida Consagrada, también inspirado por él: «Vida consagrada, ¿para quién eres?».

No se trata de interrogarse en clave funcional o utilitarista, sino de regresar al origen y al centro: aquel por quien nace, se configura y se sostiene la vida contemplativa como forma de consagración a Jesucristo en la Iglesia por amor, con amor y en el amor.

En su mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, el papa León XIV afirma que el don de la vocación nunca es una imposición o un esquema prefijado, sino un proyecto de amor y felicidad (cf. León XIV, *Mensaje para la LXIII Jornada Mundial de Oración por las vocaciones*, Vaticano, 16 de marzo de 2026). Así lo testimonian con su vida los contemplativos y así lo descubrimos todos como aliento y esperanza para el camino.

El «por» que articula este lema encierra en sí mismo el «para». Remite, ante todo, al Señor, contemplado y amado como el bien absoluto, y desde él abre la vida contemplativa a la Iglesia y al mundo. Preguntarnos «por quién» es la vida contemplativa es, por tanto, preguntarnos por Dios, que es amor, toma la iniciativa, llama, seduce y consagra; y es también reconocer la fecundidad eclesial y misionera que brota de una vida entregada enteramente a él más allá de muros, rejas y pensamientos.

En un tiempo y contexto cultural marcados por la prisa, la dispersión interior y la tentación de medir la vida desde la eficacia inmediata, junto con una sed de espiritualidad a muchos niveles, la vida contemplativa recuerda a toda la Iglesia que la pregunta decisiva no es solo qué podemos hacer y esperar, sino también, y sobre todo, por quién somos, vivimos y actuamos, por quién alzamos la mirada.

Una existencia dedicada a la contemplación proclama, con la sola entrega de la vida, que Dios es digno de ser buscado y amado por sí mismo y que situar la vida ante él representa por sí solo un servicio profundo y silencioso, tanto a la Iglesia como al conjunto de una humanidad muchas veces perdida en trincheras de odio y destrucción. Un servicio y una misión que la Iglesia y los hombres y mujeres de todos los tiempos necesitan.

La vida contemplativa es de Dios. A él pertenece, de él recibe su forma y su orientación. Nace de una iniciativa divina que precede a toda respuesta humana y se concreta en una consagración total, vivida en la estabilidad, el silencio, la escucha de la Palabra y la alabanza perseverante. El *quærere Deum* no es una actividad entre otras, sino el principio que unifica toda la existencia y le da hondura y altura y anchura y longitud.

Es también una vida por Dios. Por aquel que es contemplado en la fe, invocado en la oración y reconocido como el sentido último de la existencia. Por él, las personas contemplativas ordenan sus días, renuncian a otros proyectos buenos y legítimos, y permanecen fieles incluso en la aridez, en la prueba y en el anonimato. Su vivir escondido en el Espíritu confiesa que Dios basta, y que caminar y esperar por él significan una magnífica proclamación del Evangelio, aunque adquiera forma de escándalo y locura para algunos, como la cruz de Jesús.

Precisamente por esta radical orientación a Dios, la vida contemplativa es para la Iglesia. En el corazón orante de los monasterios y comunidades contemplativas, la Iglesia entera es llevada cada día ante el Señor: con sus alegrías y esperanzas, con sus sufrimientos y desafíos, con su camino y misión evangelizadora. La oración personal y comunitaria de los contemplativos sostiene la comunión, fortalece la fe del pueblo de Dios y recuerda que toda acción pastoral y misionera nace de la escucha del Espíritu y de los hermanos y vuelve a ella, como el camino sinodal pone de relieve.

La vida contemplativa es también para el mundo, incluso cuando el mundo no la conoce ni la comprende. Desde los monasterios, los conventos, la clausura y el silencio, los contemplativos se sitúan en la entraña misma de la historia, allí donde el clamor humano se eleva muchas veces sin palabras. Su intercesión constante alcanza a hombres y mujeres de toda condición, y se convierte en fuente oculta de esperanza para una humanidad herida, necesitada de sentido, de reconciliación y de una profunda alegría de vivir.

Además, la vida contemplativa se vive con otros que desean también vivir por Dios: en comunidad, en la fraternidad concreta de quienes comparten la misma forma y el mismo carisma de la llamada. En la vida común, con sus exigencias cotidianas, se aprende que la contemplación no separa ni encierra, sino que ensancha el corazón y lo hace capaz de acoger a todos en Dios. La comunión fraterna se convierte así en signo profético para una sociedad marcada con frecuencia por el aislamiento, el rechazo y la fragmentación.

Celebrar la Jornada *Pro Orantibus* es, por tanto, un acto eclesial de gratitud, reciprocidad y corresponsabilidad. Gratitud por quienes han dejado su casa y su tierra para permanecer ante el Señor en nombre de todos. Reciprocidad orientada a que los miembros de la Iglesia entablemos relaciones de correspondencia mutua desde nuestra diversidad de formas de vida, carismas y misión. Corresponsabilidad desde la que cuidar, acompañar y sostener esta vocación imprescindible, y dejarnos interpelar por una vocación que recuerda a toda la Iglesia que la primacía de Dios constituye el fundamento de toda renovación sinodal, pastoral y misionera.

Hermanas y hermanos de vida contemplativa, esta jornada se dirige a vosotros con especial cercanía y afecto para celebrarla con todo el pueblo de Dios. La pregunta que nos acompaña —«¿por quién eres?»— pretende reconocer públicamente el don que sois y confirmar vuestra vocación en el corazón de la Iglesia y unidos a todos en comunión y misión. Sois de Dios y por Dios; y, precisamente por eso, sois para la Iglesia y para el mundo.

Que esta Jornada *Pro Orantibus* ayude a todas nuestras Iglesias particulares a redescubrir, valorar y sostener la vida contemplativa, a rezar por las vocaciones y aprender, a la luz de vuestro testimonio, que la misión comienza de rodillas y se sostiene en la fidelidad cotidiana al Señor.

Que el Señor, por quien habéis entregado la vida, os confirme en vuestra vocación; que el Espíritu Santo renueve cada día la alegría de vuestra consagración; y que María, mujer orante y contemplativa, os acompañe en el silencio fecundo desde el que seguís siendo, para la Iglesia y para el mundo, signo humilde y luminoso de esperanza que, en Cristo, nunca defrauda (cf. Rom 5,5).

✠ *Sres. Obispos de la Comisión Episcopal para  
la Vida Consagrada*

## TESTIMONIOS

### Vida contemplativa: ¿POR quién eres?

El lema de la Jornada Por-Orantibus de este año es *una palabra amable*.

Es una pregunta que casi se responde ella sola. Evita decir *¿para qué eres?, ¿qué haces?, ¿para qué sirves?* En vez de eso el lema propone una pregunta que se interesa por el fundamento de lo que es en sí misma la vida contemplativa, la vida monástica.

Interesarse sobre el *por* y no sobre el *para*, o sobre el *qué* o sobre el *cómo*, quiere poner el foco en el fundamento de tu ser y de tu llamada, de tu modo de ser y tu misión.

Lo que nos mueve y sostiene.

Cuál es el fondo de tu vida, dónde se apoya; cuál es la raíz, la fuente, cuál es el cimiento. Es mirar a la raíz *desde la que* se desarrolla toda una vida, es tratar de acercarse al fundamento de esta vida y así comprenderla más cordialmente.

Y la pregunta anuncia ya la respuesta: el fundamento de esta vida contemplativa, la razón fundamental es Alguien, un «quien» y no un «algo», no una razón, un ideal, ni siquiera una causa, la más noble o religiosa que hubiera entre todas ellas... La vida contemplativa es por Alguien.

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino *por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva* (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1).

Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo *o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él*, de intentarlo cada día sin descanso (Francisco, *Evangelii gaudium*, 3).

La vida contemplativa es una respuesta. Ha percibido la presencia, ha escuchado la llamada de *Aquel que nos busca a todos y que desea nos abramos a vivir un encuentro con Él*.

La llamada nos conduce a dejarnos encontrar por nuestro Dios, tratar de conocerlo, escuchando su Palabra en la Sagrada Escritura, en el silencio,

en la oración y las celebraciones litúrgicas y en la vida cotidiana, en nuestro trabajo, en nuestra historia, en todo lo que acontece. Y colaborar con nuestro Dios y con todos nuestros hermanos y hermanas para que podamos tener la vida y vida en abundancia (Jn 10,10) que Él quiere para todos nosotros.

1. *Soy por el hombre Cristo Jesús, y me consagro a él, me dedico a Dios. Me dedico, quiero pasar mis horas escuchando su Palabra, y respondiéndole con una oración, cada vez más auténtica, humilde, atenta, respetuosa, personal y comunitaria...*

*Soy por aquel que me precede, desde antes de la creación del mundo. En Cristo, Dios nos predestinó a ser sus hijos (Ef 1), gratuitamente se adelantó a mi vida y a mi historia.*

Tomó nuestra carne y sangre. Y se entregó a la muerte por nosotros.

Soy por aquel *que me dio la vida*, por Aquel que «llama lo que no es para que sea» (Rom 1,8), y además *me pone un nombre*:

Estaba yo en el vientre  
y el Señor me llamó, en las entrañas maternas,  
y pronunció mi nombre (Is 49,1).

Soy por Aquel *que me enseñó a orar*, («Cuando oréis, decid: “Padre nuestro que estás en el cielo...”» Lc 11,2-4) *y me mostró el rostro de su Padre* («El que me ve a mí, ve al Padre, ¿cómo dices tú “muéstranos al Padre” ...?» Jn 14,8-10). En su vida y en sus palabras aprendo el modo de hablar con Dios, el modo de hablar de Dios.

Aquel que me invita a participar de este amor de Dios Padre, «derramado en nuestro corazón por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5,5).

La vida contemplativa es «por» *Aquel que es Comunidad*.

Soy *por* el que me señala el camino de la vida, con el mandamiento del amor, con la invitación a crear, cuidar, nutrir, una fraternidad. Y me pide que celebre la unidad desde la diversidad.

Soy *por* el que me llama a amar a mis hermanos, y a dejarme amar por ellos, como él me ha amado, «como él nos ha amado» (Jn 13,34-35).

2. Soy «por» todos mis hermanos y hermanas, todos ellos, convocados por el mismo Espíritu, son quienes me sostienen, con quienes formo una comunidad creyente, una iglesia, quienes hacen que mi vida tenga sentido... como la mano en el cuerpo, como el pie en el cuerpo es por el cuerpo, y no sería nada sin él (1 Cor 12,15-24).

Soy «por» los que comparten conmigo, que soy vida contemplativa, la fortaleza y alegría en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor. Soy por todos mis hermanos y hermanas bautizados, Soy «por» ellos en la Iglesia. Caminamos unidos formando un único pueblo, en el que «cada uno con el don que ha recibido se pone al servicio de los demás» (1 Pe 4,10).

La fraternidad de toda la Iglesia sostiene a la vida contemplativa, «somos un solo cuerpo, los unos miembros de los otros» (Rom 12,5). Y cada uno tiene un lugar, y cada forma de vida tiene una palabra y un servicio que ofrecer para la vida de la comunidad.

Soy por los demás, gracias a los demás, con quienes comparto la vida,

En esta comunión se me confía la misión de orar, de alabar al Dios que nos reúne y nos llama. Nos llama «hasta setenta veces siete» (Mt 18,22), ofreciéndonos siempre, con la llamada y el perdón, una nueva oportunidad.

Mi vida contemplativa es una respuesta, una respuesta a Aquel que vivió y murió «por» mí, «por» nosotros. Es una vida por Aquel que, por mí, por nosotros, se hizo igual en todo a nosotros, menos en el pecado (Heb 4,15), y se entregó a la muerte por nosotros (Tt 2,14).

Todos podemos decir en verdad, «se entregó por mí» (Gal 2,20).

3. Y aún, soy «por» todos los hombres y mujeres de este mundo, cristianos o no, creyentes o no, pues «todos en la forma que solo Dios conoce, se asocian al Misterio pascual» (GS 22).

Como en la profecía de Isaías Egipto y Asiria, enemigos tradicionales e históricos de Israel, son llamados a un hermanamiento con el pueblo elegido, participando todos juntos de la bendición divina, evangelizando así a Israel, del mismo modo otras personas, otros pueblos, otras culturas... otros modos de hacer y vivir nos evangelizan.

Aquel día habrá una calzada de Egipto a Asiria; los asirios entrarán en Egipto y los egipcios en Asiria; y egipcios y asirios adorarán juntos al Señor. Aquel día Israel, junto con Egipto y Asiria, será bendito en medio de la tierra (Is 19,23-25).

Yo, vida contemplativa, soy «por» ellos, quiero dejarme evangelizar por todos mis hermanos y hermanas, como hizo Jesús cuando se dejó sorprender por la fe del centurión. Él mismo dijo: «Os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe, [...] vendrán muchos de oriente y occidente» (Mt 8,10-12).

Y se admiró de la fe de la mujer sirofenicia (Mc 7,25-30) que confiaba en recibir al menos unas migajas de la bondad y fuerza de Jesús para conseguir la curación de su hija. Jesús exclamó: «Mujer, qué grande es tu fe».

### **Yo, vida contemplativa, ¿por quién soy?**

Soy «por» Aquel de quien lo recibo todo, la vida, la fe, la esperanza, el amor, su propia vida en el seno de una comunidad y su llamada a colaborar en la construcción del Reino que ya está entre nosotros.

Soy «por» la comunidad eclesial, de la que formo parte, que me ha hecho posible conocer y participar de uno de sus carismas. Comunidad en la que, de distintas maneras y por medio del carisma que he recibido, prolongo la oración de Cristo, escucho su Palabra en medio de nuestra historia de hoy, aprendo a vivir de un modo que haga presente el Reino entre nosotros.

Soy «por» toda persona que viene a este mundo, que recibe la vida por una llamada única y personal de nuestro Dios, y que también está llamada a participar del Reino. Todos, ellos y ellas, prolongan la presencia de Cristo en el mundo, y también me acompañan con los que comparto vida y tarea.

La vida en comunidad en el monasterio, la celebración litúrgica, la escucha de la Palabra, la intercesión y la alabanza, el silencio orante, el trabajo paciente, ... tienen sentido, son posibles, por todos aquellos por los que yo soy, dice la vida contemplativa: Cristo y el Misterio de Dios, la Iglesia, cuerpo suyo, todos mis hermanos y hermanas.

## Vida contemplativa: ¿POR quién eres?

Unas preguntas que generan *procesos*...

Este año el lema propuesto para el día de la Jornada *Pro Orantibus* está formulado como una pregunta.

Las preguntas pueden ponernos nerviosos, sobre todo cuando son difíciles y nos hacen tener que buscar la respuesta dentro de uno mismo. Hay preguntas que tienen una carga especial, pues logran hacer que se empiecen y desarrollen procesos personales. Son las que no buscan una respuesta concreta. Su objetivo es hacer pensar a la persona y que tome conciencia de sus deseos, lo cual puede durar un tiempo largo.

Hace unos años, un religioso vino al monasterio a hacer unos días de retiro y me pidió que le ayudara un poco. Lo que salía en las conversaciones repetidamente era el dilema de si debía cambiar de camino de vida. Cuando yo le escuchaba veía que parecía que tenía ya una respuesta a esa pregunta, pero no se atrevía a dar el paso por lo que suponía de cambio en su vida. En un momento yo le pregunté: «¿Tú qué piensas que te pide el Señor en este momento de tu vida con todo esto que me cuentas?». Una pregunta aparentemente anodina pero que en él inició un terremoto que le llevó a cambiar el sentido de su vocación. Estas son las preguntas que generan procesos y que no se responden con palabras sino con hechos.

Jesús era un maestro en estas preguntas. Los evangelios nos han transmitido muchas de ellas: «¿Qué buscáis?», suscitó en dos personas el discipulado. «Vosotros, ¿quién decís que soy yo?», hizo que Pedro buscara en su interior y diera con una revelación del Padre. «¿Qué os parece?», decía Jesús a sus interlocutores cuando contaba una parábola. «¿Quién de los dos hizo lo que el padre quería?» es una pregunta que va directamente a tu corazón, porque la moraleja te la tienes que aplicar a ti mismo. Y tantas otras.

Los salmos, el oxígeno de nuestra oración, nos invitan a rezar preguntando a Dios sin recato. A veces somos un poco mojigatos en nuestra relación con el Señor a diferencia de los autores bíblicos. Me gusta especialmente el salmo 12 cuando nos hace orar así: «¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro? ¿Hasta cuándo estaré preocupado con el corazón apenado todo el día?».

Hay muchos más ejemplos. Los salmos y, podríamos decir, toda la Sagrada Escritura nos invitan a ser directos en nuestra relación con el Señor, a decirle sinceramente lo que pasa por nuestro corazón sin dulcificaciones ni autoengaños.

Este año, el lema de la Jornada *Pro Orantibus* es una pregunta, a mi modo de ver, bien incisiva y de las que hacen pensar: Vida contemplativa, ¿por quién eres?, ¿por quién vives?

Evidentemente aquí la respuesta obvia es la que sale en primer lugar: somos por el Señor, nuestro Salvador. Y seguramente es así, pero junto a esto casi siempre va una serie de temas que no tienen nada que ver con el Señor.

Si me permitís, podemos seguir haciéndonos preguntas con el realismo de quien quiere caminar en la verdad que es Jesús:

Vida contemplativa, ¿eres por la Palabra de Dios? ¿Realmente conoces la Palabra y le dedicas cada día un tiempo conveniente? Es fácil decir cosas bonitas, pero ¿hemos leído la Biblia entera al menos una vez? ¿La estudiamos? ¿Es para nosotros la *lectio divina* una parte de nuestra vitalidad interior? Santa Teresita de Lisieux deseaba saber hebreo y griego para conocer el verdadero texto dictado por el Espíritu Santo, ¿es este, al menos, un deseo también nuestro? ¿O estamos tan ocupados que no tenemos tiempo para estas «pequeñeces»?

Vida contemplativa, ¿eres por la liturgia? Nuestro día a día está vertebado por la liturgia de la Iglesia como un armazón en el que va colgado todo lo demás. ¿Es la liturgia de la Iglesia nuestra fuente principal de oración? ¿Son los salmos el hálito vital de nuestra oración? ¿Vivimos la vida litúrgicamente y llevamos a la liturgia nuestra vida?

Vida contemplativa, ¿eres por el reino de Dios? Todos en la Iglesia están en función del reino de Dios y su extensión. Nosotros ¿nos sentimos inmersos en este anhelo de la Iglesia? ¿Vivimos para la extensión del reino de Dios? Nosotros no tenemos, en general, actividad apostólica, pero debemos vivir en el entusiasmo por el Reino, extendiéndolo desde el corazón orante y desde la lucha para que el bien se afiance en el corazón de los hombres, empezando por el de cada uno de nosotros. Cuando la vivencia de nuestra misión en la Iglesia se desdibuja o se diluye, percibo que toda nuestra vida sufre de una apatía y de una inercia esclerotizante.

Vida contemplativa, ¿eres por los pobres? El papa León XIV nos recordaba que la opción por los pobres pertenece al corazón mismo de la fe cristiana y del Evangelio, no es algo opcional en la Iglesia. ¿Nosotros llevamos esto en el corazón? ¿Recordamos a menudo a los pobres en nuestra oración? ¿Estamos en función de ellos, nosotros y nuestros bienes? Santo Domingo de Guzmán oraba con lágrimas y gemidos con esta expresión: «¿Qué será de los pobres pecadores?». Sentir en el corazón el anhelo por la justicia según el Evangelio y materializarlo en nuestra vida comunitaria, en las situaciones cotidianas, es también una forma de vivir el Evangelio. Este mismo santo no dudó en vender sus códices de pergamino para ayudar a los pobres, pues decía que no quería tener pieles muertas mientras las vivas morían de hambre.

Vida contemplativa, ¿eres por la formación? Sin una formación que sea vital, integral, no podemos vivir una vida plena. No una formación libresca —aunque también debe incluir la lectura de buenos libros— sino vivida, lo que incluye la *lectio divina*, la oración, la liturgia, el diálogo espiritual con los hermanos, el acompañamiento personal, la reflexión personal sobre lo que uno va viviendo o los acontecimientos del mundo, etc. La formación permanente es esencial en nuestra vida, quizá más que en otras, porque «sin lectura no hay oración», que decía san Jerónimo. Hay un precioso documento del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica que comenta todo esto: *El arte de la búsqueda del rostro de Dios* que, por cierto, es bien exigente con la formación de las contemplativas. O formación permanente o frustración permanente, decía Amadeo Cencini con respecto a la vida religiosa. Cada vez estoy más convencido de esto.

Vida contemplativa, ¿eres por ti misma o por los demás? ¿Estás más preocupada por cuántos somos o cómo estamos que por tu misión orante? ¿Eres el verdadero corazón de la Iglesia, siempre en función de regar con sangre fresca hasta el último rincón del cuerpo de Cristo? Santa Teresa de Jesús era maestra en esto: «Determiné hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo». Y santa Clara decía: «somos sostenedoras de los miembros más débiles del cuerpo místico de Cristo». Nosotros no somos para nosotros mismos, sino que estamos en función de los demás, a imagen de Aquel que se hizo siervo de todos.

Podríamos seguir alargando la lista de preguntas, pero basta con estas. Evidentemente, las he elegido porque son del gusto del que esto escribe, pero cada uno puede hacer su propia lista. Y seguir preguntándose y respondiéndose.

Lo importante es saber que toda pregunta se responde, ya sea explícita o implícitamente. Toda pregunta que nos lanzan la respondemos, al menos, en nuestro interior. Las preguntas anteriores, ¿qué respuestas han hecho surgir en tu interior? Eso es lo verdaderamente importante.

Nuestros santos también se hicieron preguntas que les acompañaron durante toda su vida o que les estimularon en su entrega a Cristo y a los demás. San Benito hace a los monjes en su *Regla* esta pregunta: «Amadísimos hermanos, ¿encontraremos algo más dulce que esta voz del Señor que nos invita?». Cuenta también, el primer biógrafo de san Bernardo, Guillermo de Saint-Thierry, que, cuando en el noviciado sentía la pesadez de la vida ascética, se decía a sí mismo: «Bernardo, ¿a qué has venido?». Cada uno de nuestros fundadores y fundadoras fueron hombres y mujeres que se cuestionaron lo que Dios quería de su vida en ese momento de su historia y tuvieron el arrojo de crear algo nuevo en la Iglesia venciendo mil obstáculos e incomprendiones, confiados siempre en el Espíritu de Dios que les guiaba. ¿Seríamos nosotros hoy capaces de hacer lo mismo?

En este momento de la historia humana y de la historia de la Iglesia sigue haciendo falta la vida contemplativa: hombres y mujeres que señalen lo único necesario, que vivan las realidades espirituales de una forma total, que proclamen que es posible vivir juntos y unidos, que se hagan cargo del sufrimiento de los hombres y lo presenten al Señor de forma continua, que vivan la alegría crucificada del evangelio.

Por eso hoy es bueno preguntarse: *Vida contemplativa, ¿«por» quién eres?*, y dejar que esa pregunta resuene en nuestro interior y en el de nuestras comunidades para volver a lo esencial y no focalizarse tanto en lo efímero, en las realidades de este mundo que pasa con sus pasiones.

FR. ROBERTO DE LA IGLESIA, OCSO  
*Monasterio cisterciense de San Pedro de Cardeña, Burgos*

## Vida contemplativa: ¿POR quién eres?

«Al descubierto nuestra libertad, por puro amor»

El ser humano, dotado de inteligencia y voluntad, es un ser capaz de Dios, libre para cuestionarse su propia existencia humana; capaz de hacer y hacerse al mismo tiempo infinidad de preguntas que buscan saciar su sed de plenitud.

Cuando el hombre se interroga o se cuestiona determinadas cosas, bien sobre sí mismo o sobre los demás, está poniendo al descubierto su libertad y a la vez manifestando, sin percibirlo, su limitación, en el sentido de que no lo sabe todo, ni puede abarcarlo todo de una sola vez; pero, sin embargo, el ser humano vive herido de Dios.

Este hombre, pequeño para sí mismo: «El Señor Dios, formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida, convirtiéndolo en ser viviente» (Gen 2,7) y grande para Dios: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de Él, el ser humano para darle poder?, lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies» (Sal 8,5-7); está hecho para vivir en comunión con Dios, en continuo ascenso hacia lo eterno: «Cuando yo me adhiera a ti con todo mi ser, no habrá ya para mí penas ni pruebas y mi vida toda llena de ti, será plena» (san Agustín, *Confesiones*, 10,28,39).

Con seguridad, todos hemos vivido alguna vez la experiencia de tener en casa algún pequeño con su preocupación por preguntar todo. Esos «por qué» con deseos de averiguarlo todo, preguntas que nos asombran y para las que no siempre hemos tenido respuestas acertadas.

Interrogantes tan esenciales como, ¿quién soy yo?; ¿de dónde vengo?; ¿para qué existo?; ¿hacia dónde me encamino?, constituyen lo fundamental del ser humano con ansias de conocer y comprender todo lo que esté a su alcance y todo aquello de lo que carece. De ello tenemos como ejemplo el desarrollo vertiginoso de la tecnología, de la informática, la rápida evolución de las redes sociales, también de la inteligencia artificial con sus algoritmos. Hoy con solo un clic podemos estar conectados con la otra parte del mundo. Se han acortado las distancias en un mundo globalizado y, sin embargo, el hombre sigue siendo un ser inacabado que

tiende siempre a algo más, que tiene aspiraciones grandes y sed de infinito, porque «Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y, el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre, que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza; nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (san Agustín, *Confesiones*, 1.1.1.)

Y ese hombre racional hecho a imagen y semejanza de su Creador ha sido dotado de un corazón buscador que en todo quiere encontrar, lo sepa a no, la huella de Dios, el horizonte de luz que le brinda el Amor. Su corazón está capacitado para lo grande, bello y hermoso, para lo inacabable, lo inenarrable e inaudito. «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman» (1 Cor 2,9).

La contemplativa, el contemplativo que, por vocación, está llamado a la búsqueda del rostro de Dios tiene juntamente la misión de custodiar el gran don del Misterio que, oculto a sus ojos corporales, se le revela en las horas de entrega oracional y oblativa de su vida consagrada.

También nosotros estamos llamados a participar continuamente de la misma vida de Dios como seres racionales y pecadores, aunque no lo tenemos todo claro, ni lo percibimos de una sola vez; también nos hacemos preguntas: ¿quién soy yo?; ¿cuál es mi misión aquí?; ¿qué aporta mi existencia?; ¿para quién vivo?; ¿por quién soy? Y lo atractivo está en que a los contemplativos se nos da como don, ese «poder» para bajar a nuestras profundidades donde se confunden con las de Dios y encontrar el sentido pleno a esa pregunta que cada día nos invade el alma: ¿por quién soy?

Ahora sí que hallamos respuesta firme a ese «por» quién soy. Como el sacerdote, que en la misa ofrece pan y vino, y eleva el cáliz y la hostia y en la doxología final de la plegaria eucarística pronuncia las palabras: «Por Cristo, con él y en él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos», así y justo aquí descubrimos nuestra razón de ser, el porqué de nuestras preguntas.

Y es tan sencillo y sublime y tan complicado y difícil a la vez como vivirlo resumido en una palabra: *Cristo*. Él es el que da sentido y plenitud a nuestro existir, como decía san Ireneo: «Cristo, mi inseparable vivir».

Cristo se forma en aquel que toma la forma de Cristo, y toma la forma de Cristo quien se une a Cristo con amor espiritual (san Agustín, Ex. Gal 38).

SOR ALICIA CORREA FERNÁNDEZ  
*Agustina Recoleta*  
*Monasterio Stmo. Corpus Christi, Granada*

## Vida contemplativa: ¿POR quién eres?

Se me pide un cometido delicado, pero estimulante: comunicar, con palabras, los sentimientos profundos que invaden el corazón de una hija de santa Clara ante la pregunta: «¿Por quién eres?».

No es fácil expresar lo que ha brotado al contacto del Amor.

Me voy a apropiar las palabras de nuestra Madre para intentar responder: «Vivo por Jesucristo. Vivo para seguir sus huellas» (Cta. IV).

Creo que toda vocación tiene su nota propia. Son variadas, como las flores de un jardín. Pero todas llevan una misma savia: *el amor de Cristo*.

Y esta certeza nos sigue llevando hoy, a las clarisas, a querer ser de Dios, a desear por encima de todo seguir a Jesús como se le dio a entender a santa Clara.

Nos sentimos gozosas recordando nuestra vocación en su momento primero; en el que hubo largas noches de vacilaciones, de incertidumbres, de oscuridad dolorosa. No era para menos al quedar en juego todo un futuro: una profesión, una familia, una seguridad...

Nos sentimos agradecidas en su desarrollo a lo largo de los años, en los que siempre hemos contado con una certeza: la de sabernos en las manos de Aquel que nos llamó. Una promesa irrevocable: «Yo estaré contigo». Y con él, los desiertos que hemos tenido, que tenemos, se convierten en jardín de amor.

Estamos convencidas de haber recibido mucho. Lo queremos reconocer, cantar con un corazón pobre que sabe no merecer tan gran don.

Sí, agradecemos el don de vivir con Clara el Evangelio de Jesucristo pobre y crucificado, de revivir su mismo camino; su sueño es el nuestro: Ser de Jesús para vida del mundo. «Yo seré tuyo, y tú serás mía».

Por ello nos queremos comprometer a compartir el destino de Jesús y llevar la cruz de cada día. Las clarisas realizamos este encuentro en nuestra vida cotidiana: en la pobreza, en el trabajo, en la sencillez de vida, en el dolor, en los acontecimientos, en las relaciones... Es decir, todo debe proporcionarnos la ocasión para mantener y fomentar el espíritu de

oración. Santa Clara exclamaba: «¡Qué grande es tenerte a ti, Jesucristo, como hermano, e incluso como hijo, humilde, dulce, amable, junto a mí y en mí!».

Este es nuestro primer quehacer y tarea: crecer en Cristo.

Ante la grandeza de tal regalo, somos conscientes de nuestra pobreza, fragilidad personal y comunitaria... que no vivimos plenamente el Misterio pascual de Cristo, pero confiamos en que Quien inició su obra la irá consumando hasta el fin.

A lo largo de siglos y generaciones, hermanos y hermanas de la familia franciscana se han postrado ante el crucifijo de san Damián en el que san Francisco escuchó: «Ve y repara mi Iglesia».

Hoy las clarisas caemos de rodillas ante Él y oramos. Porque Dios habla en el silencio. Clara pedía mucho. Y convocaba a sus hermanas a la plegaria cuando se presentaba un peligro. Tenemos el reto de decir al mundo, desde nuestra experiencia, que Dios está siempre con nosotros, que nos ama. Somos también por los demás.

¡Ah!, si hallásemos el lenguaje comprensible para los hombres de hoy, que les dé noticia del amor de Dios... Pensamos, sobre todo, en los más débiles y pobres, sea por carencia de bienes materiales, sea por falta de fe, de esperanza y de amor. A ellos sostenemos desde la lógica de la semilla que ha de morir para dar fruto.

Llegará el día en el que nuestra grande y gozosa tarea de «¿por quién somos?» se haga realidad: somos para la Eternidad. Nuestra vida está llena de alegría, porque nuestra esperanza está en que Cristo resucitó y vive.

¡¡Somos para el Amor eterno... para siempre y, por él vivimos!!

HNA. NATIVIDAD ETAYO  
*Monasterio de Clarisas, Salvoatierra*



«La vocación contemplativa es un camino que forma corazones capaces de amar como Cristo y de interceder por las alegrías, dolores y esperanzas de todas las personas, incluso desde el silencio del monasterio»

(León XIV, *A la comunidad monástica de la abadía de Santa Escolástica, de Subiaco; a la comunidad monástica de la abadía de Santa María del Monte, de Cesena y a las monjas benedictinas de la abadía de Santa Escolástica, de Bari*, 30 de marzo de 2026).



«En un mundo cada vez más alienado en la exterioridad mediática y tecnológica» es «más necesaria que nunca» la «llamada a la interioridad y al silencio, a vivir en contacto con uno mismo, con el prójimo, con la creación y con Dios».

«El Padre busca y llama, en todo tiempo, a hombres y mujeres para que le adoren a la luz de su Espíritu y en la verdad revelada por su Hijo único».

«No es una huida del mundo, sino una regeneración del corazón, para que sea capaz de escucha, fuente de acción creativa y fructífera en la caridad que Dios nos inspira».

León XIV (*A los eremitas italianos que participan en el Jubileo de la Vida Consagrada*, 11 de octubre de 2025).



## ORACIÓN

Humilde Jesús, somos hijos e hijas de tu silenciosa Resurrección,  
que rompió la noche del dolor.

La gracia de tu victoria sobre toda muerte nos haga ser  
tienda del encuentro entre Dios y los hombres,  
donde nuestros monólogos se interrumpan,  
y, transfigurados por la escucha acogedora de tu susurro,  
caigamos de rodillas ante la tierra sagrada de nuestro prójimo,  
y descubramos tu imagen en cada uno de ellos.

Concédenos ser custodios del fuego de Dios en el desierto de la vida,  
que deshaga el hielo de la tristeza  
y el desamor que acapara los corazones.

Que, acompañados por la Palabra de Dios,  
manantial de agua viva que sacia nuestra sed,  
abramos la vida de los hombres al amor tierno y fuerte de Dios,  
único sostén que cimenta cada ser, hechura de tus manos.

Que, con nuestra vida orante, laboriosa y silenciosa,  
gritemos al mundo el deseo divino de encontrarnos,  
para sentarnos a tu mesa y participar de la fiesta del cielo.

¡Que todos, todos, todos seamos uno, contigo!

A ti, que vives y reinas con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo,  
y eres Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Editorial EDICE  
Conferencia Episcopal Española  
Edificio «SEDES SAPIENTIAE»  
C/ Manuel Uribe, 4 - 28033 Madrid  
Tlf.: 91 171 73 99  
edicion.edice@edicionescee.es

*Noverim me, noverim Te*



